abundantísima en la Arabia; en los velos del tabernáculo entraban pieles desconocidas para los modernos habitantes de Judea, á quienes se permitía igualmente por la ley el uso de ciertas carnes que en Palestina no se usan. No sólo el Deuteronomio, ó lo que llama Wellhausen el Código sacerdotal [1]; pero el Exodo, el Levítico y los Números, no tienen explicación posible, si no fueron compuestos en el desierto. No ya Esdrás, nacido y educado en Babilonia y desconocedor por completo del desierto arábigo; nuestros viajeros y geógrafos más distinguidos son impotentes hoy para componer un Pentateuco que, teniendo por teatro un país y un tiempo y una civilización separados de cuanto vemos y representamos, nos descubre á cada paso el medio en que el escritor se mueve. Nada de esto acontece en los sagrados libros del Pentateuco.

Añádase que el autor del Pentateuco aparece tan desconocedor de la tierra de Palestina como profundamente instruído en la legislación, ciencias, artes, ceremonias, producciones, lengua y usos y costumbres de Egipto, siendo fácil conocer, por la simple lectura de esos libros, que no sólo vivió en la tierra de los Faraones, sino que la había abandonado poco antes de escribirlos. Las ceremonias introducidas en el culto del Dios verdadero, el arca de la alianza, las vestiduras sacerdotales, el sacerdocio hereditario, la pascua, las primicias y otras varias instituciones, ó fueron copiadas de Egipto, ó establecidas en memoria de la salida de Egipto [2], recordando precisamente la cultura de los Faraones anteriores á Moisés, y no la que se introdujo más tarde, cual sucedería por necesidad si los libros de que nos ocupamos datasen de más reciente fecha [3].

1 *Prolegomena zur Geschichte Israels,* pág. 10.
2 Tostado, *I Regum*, 8, cuest. 147. Véase también á San Crisóstomo, *Matth.*, homili 6.
3 Véase Vigouroux, *La Bible et les découvertes modernes*, París, 1883; *Contemporary Review,* Londres, 1879, Marzo.

12. Solamente apuntamos las notas de autenticidad que la crítica interna descubre en la admirable legislación é historia de Moisés; el desarrollo nos llevaría demasiado lejos; estando, por otra parte, al alcance de cualquiera inteligencia el efectuarlo por sí misma. Toda la legislación hebrea surge, por decirlo así, de las circunstancias, y muy lejos de asemejarse á las constituciones políticas que nuestros legisladores elaboran metódica y ordenadamente, no se comprende ni se explica sino en relación con el medio y con los hechos que fueron poco á poco provocando los artículos de la ley. Finalmente, la misma lengua del Pentateuco acusa una antigüedad que no se revela en el resto de la Biblia; pues á pesar de la inmovilidad que caracteriza las lenguas semíticas, hay en el Pentateuco palabras y giros gramaticales que le son exclusivamente propios, como se encuentran en los demás libros más de 300 vocablos que faltan en la colección de Moisés [1].

Aparece, por consiguiente, no solamente por la autoridad soberana é indiscutible del Divino Maestro y de sus Apóstoles, por la tradición del pueblo judío y por el testimonio de toda la Escritura, sino por la índole y naturaleza del Pentateuco, ó sea por las notas de autenticidad que la crítica interna nos revela, que Moisés fué su autor, cumpliendo la divina misión que había recibido de Caudillo, Profeta y Legislador del pueblo hebreo.

13. Contra esta serie de pruebas, de esperar era que los adversarios de la autenticidad del Pentateuco opusieran razonamientos de algun peso, capaces de quebrantar una convicción tantas veces secular y apoyada en tan incontrastables testimonios. Nada de eso; el único argumento digno de refutación está tomado de la circunstancia de haberse encontrado "el libro de la ley„ en el tesoro del templo en tiem-

1 Jahn, *Beiträge zur Vertheidigung der Echtheit des Pentat.*

po del rey Josías [1], y de la conmoción que semejante hallazgo causó en la corte, en el sacerdocio y en todo el pueblo de Judá. Cuál fuera este "libro de la ley„ no lo ha averiguado aún la crítica moderna, pretendiendo unos que haya sido el Pentateuco, otros el Éxodo, algunos el Deuteronomio, y otros, finalmente, un compendio, ó una parte de los mencionados libros sagrados; si bien suelen convenir en que semejante libro era una novedad completamente desconocida. Y en esto padece la crítica notable equivocación; ni es posible aceptar que el rey, el sumo pontífice, los sacerdotes y profetas y todo el pueblo se dejaran fascinar hasta tal punto por un libro desconocido y por una ley completamente ignorada; que á su violación atribuyeran cuantos males les afligían, prometiendo que seguirían al Señor y guardarían sus preceptos y amonestaciones y ceremonias con todo el corazón y con toda el alma, y *restablecerían* (suscitaturos) las palabras de esta alianza escritas en aquel libro„ [2]. Ni el templo, ni el sacerdocio, existentes de antiguo entre los hebreos, tienen explicación sin el conocimiento de la ley, ni se comprende el *restablecimiento* de la alianza sino porque esa alianza había sido quebrantada é interrumpida.

Moisés había escrito el Pentateuco y ordenado á los levitas que lo colocasen á un lado del arca de la alianza para que allí quedase "en testimonio contra Israel„ [3].

Habíase practicado y cumplido esta orden hasta el tiempo del impío Manasés, que introdujo en el templo del Señor la abominación pagana y quitó del Santo de los Santos el arca y el libro de la ley, relegándolos al tesoro. Así pudo creerse perdido por algún tiempo el precioso códice de Moisés, hallado casual y felizmente en tiempo de Josías, con ocasión de echar mano de los caudales del tesoro, por cuya razón

1 IV *Regum*, cap. XXII; II *Paralipomenon*, cap. XXXIV.
2 IV *Regum* XXIII, 3.
3 *Deuteronomio* XXXI, 26.

tiene buen cuidado de consignar el historiador sagrado, que se encontró, no precisamente el libro de la ley, sino "el libro de la ley del Señor, escrita por mano de Moisés, *per manum Moysis*„ [1]. ¿Por qué hemos de extrañarnos de que ante semejante hallazgo, que era el testigo de las alianzas de Jehová con su pueblo—en testimonio contra tí, oh Israel—el pueblo se conmoviera profundamente y llorase sus prevaricaciones, y confesase públicamente que no había *escuchado*, es decir, que no había observado las palabras de la ley? Pues á tanto queda reducido el formidable ariete asestado por De Wette, Wellhausen, Hartmann y demás corifeos de la crítica histórica contra la autenticidad de la obra de Moisés; á esto y á unas cuantas blasfemias acusando de impostores y falsarios á Jeremías, Holda, Esdrás, Nehemías y Malaquías, y de inepto y necio á todo el pueblo de Israel, alucinado por los Videntes que el Señor suscitaba de en medio de sus hijos [2].

14. Afirmar gratuitamente que Moisés no se sintió inspirado en el desierto para escribir el Pentateuco [3], ó sostener que los israelitas desconocían completamente la ley porque muchísimas veces infringiesen sus prescripciones, es una manera de argumentar que no se compone con las leyes de la lógica, ya porque semejante conclusión no se halla contenida en las premisas, ya porque confunde la libertad física con la libertad moral, y hace caso omiso de las penas infligidas á consecuencia de las prevaricaciones, circunstancia que supone la existencia de la ley; y ya también porque sólo considera las apostasías, sin mentar á los que perseveraban fieles, que fueron muchísimos siempre, y á las veces la totalidad. Place además observar que el politeísmo práctico no implicaba necesariamente la apostasía formal del monoteís-

1 II *Paralipom*, XXXIV, 14.
2 Wellhausen, *Prolegomena*, etc., pág. 428.
3 Lo dicen De Wette, Schrader, Wellhausen, etc.

mo. A los israelitas de todas las épocas antiguas se les puede aplicar lo que dice el sagrado texto, hablando de los neosamaritanos: "Daban culto á Jehová, y al propio tiempo seguían sirviendo á los dioses gentílicos de su procedencia. Temían al Señor y servían á los ídolos [1]." El hombre será siempre un tejido de contradicciones. Cristianos hay que, sin apostatar de la fe en un Dios personal y en un Dios encarnado, sacrifican al becerro de oro de una política atea, ó de concupiscencias nada conformes con la moral del Evangelio; y no se tome este incidente como alusión á la conducta extraña del *crítico* Daumer, quien, mientras ponía á Mahoma sobre Cristo [2], escribía encantadores poemas en honor de la Santísima Virgen; ó de Lessing, que insistía en llamarse cristiano, tratando de impostores á Moisés y á Cristo.

15. Sin pararnos en la última objeción del criticismo histórico, basada en el supuesto silencio de los Profetas, pues cualquiera puede convencerse de que mencionan frecuentemente la ley, el Testamento, los preceptos, etc., como reconoce el mismo Reuss [3], resta añadir alguna observación acerca de la unidad ó integridad de la compilación del caudillo de Israel, á fin de probar que Moisés es autor de todo el Pentateuco, salvas pequeñas é insignificantes explanaciones hechas por otros autores sagrados, por ejemplo, los últimos ocho versículos del Deuteronomio.

Es del todo impertinente la controversia promovida por Astruc [4], y antes de él por Vitringa [5], acerca de si Moisés dispuso ó no, para escribir el *Génesis*, de algunas memorias que hubiera legado la antigüedad, con tal de que se admita la asistencia divina especial para discernir la verdad de esos documentos y se acepte que todo el *Génesis* fué formalmen-

1 IV *Regum*, cap. XVII.
2 G. F. Daumer, *Die Religion der neven Wellsalters*, 1850.
3 Reuss, *Les Prophètes*, tomo I, pág. 27, París, 1876.
4 *Conjectures sur les Mémoires*, etc., Bruselas, 1853.
5 *Observationum sacrarum*, 1685.

te inspirado. Admitida esta hipótesis, que no hemos de calificar, Moisés sería tan autor de todo el *Génesis* como Tito Livio lo es de la historia que lleva su nombre.

16. Aparte de la tradición antiquísima que atribuye á Moisés todo el Pentateuco, tradición reconocida por la misma crítica histórica, que no ha podido hasta hoy presentar argumentos concluyentes que nos despojen de esa posesión secular, tenemos el testimonio de los samaritanos, que habiendo abjurado hasta del nombre de hebreos, á causa de la aversión que sentían hacia el reino de Judá, conservaron constantemente el Pentateuco como obra propia y exclusiva de Moisés, como lo cree hoy el resto de ese pueblo que vive en Naplusa, antigua Siquén, situada junto al monte Garizim. Intérpretes de esta tradición eran los Apóstoles al proclamar á la faz de todo el pueblo "que Moisés tenía desde los tiempos antiguos quien le interpretase en las sinagogas de todas las ciudades, donde era leído cada sábado" [1]. Tradición que había traspasado las fronteras de los dos reinos de Israel y de Judá y apoderádose de los sabios de la gentilidad, como se prueba por el siguiente pasaje de Diodoro de Sicilia: "Existió entre los judíos cierto Moisés, que les dejó leyes que afirmaba haber recibido de Dios" [2]. San Justino, mártir, además de la autoridad de Diodoro de Sicilia, cita la de varios autores griegos, como Polemón, Appión, Helánico, Filecoro, Castor, Tales y Alejandro Polyhistor, la del egipcio Ptolomeo Mendesio, y las de los judíos Filon y Josefo [3], con las cuales podríamos aún sumar las de Manethon, Tácito, Juvenal y otras.

17. No insistimos más sobre este asunto. Aun prescindiendo, si posible fuera en un católico, de las enseñanzas de la fe, las pruebas humanas, los criterios racionales para adju-

1 *Actorum*, XV, 21.
2 I *Bibliotheca*, sect. II, Hannover, 1604.
3 *Cohortat ad Græcos*, Praef.

dicar á Moisés la composición de todo el Pentateuco, son tales y tantos, que rinden y subyugan á cualquier entendimiento que se halle exento de preocupaciones de escuela. Que Moisés fué escritor, consta de argumentos negativos y positivos, extrínsecos é intrínsecos; y que esos escritos no fueron otros que los conocidos "con el nombre de *Shora* ó de ley, por los hebreos, y de *Pentateuco* ó volumen quíntuplo por los griegos" [1], se prueba hasta la evidencia por la crítica interna de esos libros y por la tradición constante de judíos y de cristianos.

§ V

La esperanza del Libertador en la nación judía.

1. Importancia del estudio anterior para el presente estudio.—2. Las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento: su antigüedad, número, gradación y constancia.—3. *Ascendencia* del Libertador ó Redentor.—4. Será hombre descendiente de Abraham, de la tribu de Judá.—5. Saldrá de la estirpe de David.—6. Observaciones sobre las anteriores profecías.—7. El *tiempo* de la venida del Redentor.—8. Las semanas de Daniel.—9. Importancia de este vaticinio.—10. Su cumplimiento.—11. La *patria* del Redentor.—12. Otras circunstancias.—13. Resumen.

1. Una vez asentada sobre base sólida la antigüedad, la autenticidad y la unidad del Pentateuco, se puede proceder con paso firme á la exposición de las promesas del Redentor, contenidas en los libros sagrados, patrimonio del pueblo de Dios. Y decimos que se puede proceder con paso firme, porque la autenticidad del resto de los libros que componen el Antiguo Testamento no suscita en el campo enemigo la tempestad de dudas y hasta de ataques que provocan los libros de Moisés. Y si de tiempo en tiempo se formula individual protesta contra la integridad de algún escrito canónico, no es por motivos de crítica racional, sino "porque

1 Sixtus Senensis, *Biblioth. Sancta*, lib. I, sect. I, tomo I.

el principio racionalista, punto de partida del criticismo, es incompatible con la existencia de los profetas propiamente dichos, es decir, de los profetas que vaticinan las cosas futuras" [1]. Dando nosotros por supuesta la posibilidad de la profecía, verdad incontrovertible para quien admita un Dios personal, demostraremos su existencia con hechos incostrastables que ni han tenido, ni tienen, ni tendrán explicación aceptable ante una crítica independiente, sino en el cumplimiento de profecías realmente tales, y como necesaria consecuencia, en la divinidad del suspirado Redentor y de la religión por él restablecida.

2. Las promesas del Redentor que, cual resto de un naufragio, hemos hallado esparcidas acá y acullá en las mitologías más ó menos politeístas de la gentilidad, aparecen ordenadas y formando cuerpo en el pueblo que Dios escogió para fiel guardador de esa esperanza de la humanidad caída. Su objeto, sin embargo, no se dibuja claro de un solo golpe ni á la primera aparición que hace en el horizonte, siempre obscuro, de lo porvenir, sino que va definiéndose gradual y progresivamente á medida que se aproxima, hasta presentarse con caracteres propios é inequívocos en boca del último vidente de la antigua ley, que le precedió en 400 años.

Así el padre del género humano recibe de Dios la promesa desnuda de un libertador y la transmite á sus hijos. Pasa esa promesa de generación en generación hasta el padre de los creyentes, que separado de los demás pueblos, sabe que lleva en su seno la bendición fecunda de la cual saldrá el que todos los pueblos esperan. Anuncia Jacob que saldrá de la sangre de su hijo Judá, y columbra la época de su aparición; y ya tenemos la raza y la tribu, y hasta un acontecimiento previsto que señala de alguna manera el tiempo. Señala Moisés otros caracteres, de inspiración, de redención y

1 Havet, *Le Christianisme et ses origines*, tom. III, cap. VI.